

E. MIRET MAGDA LENA

"La fe heredada de muchos españoles está muy amenazada; no resiste el desafío ni los cambios de todo orden por los que está pasando la sociedad española", dijo monseñor Palenzuela, obispo de Segovia, hace menos de un año.

El resultado de esta situación es que "crece el número de los que se marginan de la fe". Los cuales: 1) "caen en la indiferencia" (en mi opinión los más); 2) o "en el ateísmo" (los menos según pienso yo, pero en creciente número).

Todo empieza en "la juventud", la cual "percibe las contradicciones entre los ideales cristianos públicamente procesados y la realidad efectiva, individual y colectiva". Y por esto precisamente, deduce esta juventud que los valores religiosos tienen muy poca efectividad, llegando así a "criticar cada vez más radicalmente las creencias y valoraciones religiosas" (obispo de Segovia).

Este análisis es exacto, y debe dar lugar a reflexión por parte de los creyentes. Reflexión que debe conducir a una revisión no sólo del modo, sino también de los contenidos de la enseñanza religiosa que hemos transmitido los mayores a los niños y a los jóvenes. Porque nuestro fracaso es evidente para quien mire la realidad religiosa con un mínimo de imparcialidad. Unos —los conservadores— han clamado contra toda modernización del contenido de la enseñanza (doctrinas religiosas, normas morales y ritos litúrgicos), admitiendo cuando más alguna adaptación y renovación de la manera de enseñar. Los otros —los progresistas— han renovado métodos y contenidos, dando muchas veces más importancia a determinadas posturas superficiales que al problema de fondo (todo se ha quedado en usar guitarras en la Misa, intervenir un poco los seglares en la predicación, hablar más o menos incompetentemente de algunas cosas de este mundo y aplicar el idioma vulgar a los actos de culto). Los más avanzados han llegado a más: han mimetizado, imitando servilmente los movimientos profanos, llámense sociales, culturales o de costumbres. Y, por arte de unos y de otros, no se sabe ya lo que es el núcleo religioso cristiano.

Al final una sola cosa: desorden y ausencia de sentido, desorientación de la juventud que no sabe dónde está en todos estos fuegos artificiales, la enjundia religiosa que esta misma juventud va a pedir a otra parte, sobre todo a los movimientos orientalistas que le enseñan la oración viva que el sacerdote católico ya no sabe transmitir, y la meditación vital que los religiosos han olvidado o que quizá nunca supieron realizar.

Todos ellos han olvidado que la religión es experiencia profunda, abierta, constructiva y dinámica, o por mucho que la envolvamos de atractivas vestiduras, no es nada y un día des-

cubriremos por este camino que hemos perdido el tiempo manteniendo una falsa religiosidad, que es salvaguardia infantil de protección personal de cara a esta vida y a la otra.

No. El cristianismo nunca se desarrolló como hoy estamos intentando hacerlo. Ni se trata de apasionarse por técnicas pastorales supermodernas, ni clamando contra las innovaciones, ni tampoco lanzándonos a superficiales adaptaciones al mundo. Para transmitir algo que es íntimo, profundo y vital, sólo tenemos un camino: el descubrimiento personal por experiencia propia, seria y serena. Y esto no se consigue ni con la publicidad, ni la propaganda, ni el ruido y oropel de modernidad, ni tampoco con la añoranza de otros tiempos ya pasados. Hay que ser, señores creyentes, un poco más serios, si no el mundo, con razón, no nos escu-

LA CRISIS DE LA EDUCACION RELIGIOSA

chará ya ni hará caso de nuestros agitados esfuerzos.

La clave de la solución está en que "la acción educadora ha de ejercerse mediante el pequeño grupo", y se ha de vivir "una comunidad de fe" espontánea y realista.

Pero me pregunto: ¿Dónde están estos pequeños núcleos vitales de creyentes? Porque, por supuesto, ni la parroquia burocratizada y sin comunicación personal, ni el colegio, instituto o escuela con su finalidad académica pueden suministrar esta solución. Sólo la familia, en primer término, y después el pequeño núcleo de amistad, sería el camino.

La familia, sin embargo, tiene en nuestro país muy poco de clima cristiano. Porque o está disgregada por el género de vida que se lleva, o los padres carecen de verdades inquietudes y vivencias cristianas, aunque vayan a Misa y comulguen de vez en cuando. La familia en España no es cristiana: sus móviles, ideales y género de vida nada tienen que ver con las motivaciones sociales del Evangelio, ni con el desprendimiento generoso de Jesús, ni con la sencilla espontaneidad comunicadora y amistosa de un verdadero creyente que no puede vivir ensimismado en su egoísmo, sino ocupado en algo que se refiere no sólo a sí mismo, sino también a los demás.

Del mismo modo la amistad se suele alimentar en nuestro país de lo más superficial y egoísta, de lo menos humano y menos social. Incluso cuando nos divertimos, no podemos hacerlo sin tener malicia, morbosidad o sadismo en nuestra actitud.

Y así no se puede transmitir el Evangelio a la

juventud que vive por causa de los mayores en un clima poco propicio a su comprensión. Los curas están preocupados infantilmente en estimular la falsa imagen que se figuran es propia del seglar; los pocos apóstoles que quedan estrenan ideas de última moda sin hondura ni verdadera radicalidad (que es ir a la raíz de todo y no contentarse con gritos o violencias negativas); los obispos adoptan a veces un tinte de comprensión moderna, pero añoran todavía demasiadas veces seguir siendo los dominadores de los hombres de hoy; los integristas están preocupados únicamente de exigir "la menta y el comino" a los demás, con rígida e infantil cicatería. Todos ellos, por supuesto, no valen para el cometido de educar en un cristianismo vital a las nuevas generaciones, porque ellos mismos no dan con ese núcleo vivo ni con la transmisión del mismo.

Los primeros cristianos transmitieron la fe que tenían sin separarse del mundo ni de los hombres, pero tampoco imitando infantilmente cualquier cosa que veían. Esa fe la vivían sencillamente, dando un sentido último a sus vidas, sin entorpecer las cosas de este mundo, sino ayudando a su desarrollo sin alharacas ni grandes demostraciones. La Iglesia de aquellos tiempos carecía de grandes templos y de organismos burocráticos, como poseen hoy los obispados o la Santa Sede. Todo era espontáneo, modesto y vital. Por eso tenían éxito con los hombres, con aquellos hombres que buscaban algo mejor y más eficaz en lo profundo de sí mismos, para ayudar a los hombres en todas sus dimensiones.

No nos olvidemos a la hora de renovar la enseñanza de la religión que los colegios, institutos y demás centros educativos, no pueden ni deben ser sustitutos de esta comunidad vital. Porque esta comunicación espontánea, persona a persona, no se puede volver académica ni se puede profesionalizar. Y la religión, en estos centros de enseñanza, no puede dejar de ser una asignatura. Es más, no puede ser nada más que una asignatura. "Hay que decir claramente que la religión es una asignatura", dicen los especialistas José R. Bada y Luis G. Betés en el estudio titulado «Enseñanza crítica de la religión». Como tampoco podemos hacer en esos centros que la religión sea soporte de ningún determinado orden establecido, ni que pretendan allí ganar prosélitos religiosos. La asignatura de religión, única justificación de su presencia en un centro docente, debe ser transmitida con el máximo respeto a la libertad de los educandos mismos, y eso sólo puede conseguirse enseñando la religión en forma objetiva, o sea, como una manifestación cultural del hombre. Lo otro, la vivencia religiosa, sólo la pueden transmitir los padres, los amigos y los hombres ejemplares, si es que ellos mismos la viven. Pero, ¿se vive eso en España? ■